

Internacional

Las revoluciones árabes, una suma de situaciones diferentes

Por: **Isaías Barreñada**

Profesor de Relaciones Internacionales, Universidad Complutense de Madrid.

DESDE ENERO DE 2011 tienen lugar sorprendentes movilizaciones sociales en la mayor parte de los países árabes. En un primer momento pareció que se trataba de un incendio democrático que se propagaba de un país a otro, pero con el paso de los meses empiezan a reconocerse algunos puntos en común, así como las muchas diferencias que hay entre estos movimientos. La escena se ha diversificado; las revueltas han logrado algunos cambios e inaugurado reformas políticas en dos países, Túnez y Egipto, otras están siendo respondidas con violencia, en Yemen y Siria; otras han visto intervenciones internacionales, en Libia y Bahrain, y en otros países los movimientos han sido mucho más limitados. En todo caso suponen un hecho de excepcional importancia; por primera vez en mucho tiempo, la iniciativa de los cambios viene de abajo, de la calle, y a veces del interior del país, de las zonas marginadas y olvidadas. Tengan éxito o no, el mundo árabe posterior a 2011 va a ser singularmente diferente al conocido hasta ahora.

Con una perspectiva de más de cuatro meses se puede sostener que la "primavera árabe" es una multiplicidad de situaciones diferentes y que conjugan demandas de muy distinto tipo, políticas, sociales y económicas y en muchos casos se asocian a problemáticas propias de cada país. El desconocimiento y mal conocimiento que sobre el mundo árabe tienen muchos "opinólogos" han simplificado los análisis, dando relevancia a ciertos elementos y ocultando otros, amoldando las interpretaciones a su conveniencia: hoy es más atractivo presentar una protesta como iniciativa de jóvenes airados y clases medias urbanas apolíticas, que como el resultado de luchas sociales con múltiples actores, entre ellos desempleados y obreros y empleados mal pagados. Señalamos algunas características de estas "revoluciones populares":

— A pesar de su aparente similitud, los movimientos son diferentes en cada país. Se trata de un encadenamiento de movimientos nacionales diferentes que ha creado un mosaico de movimientos de protesta, revueltas y revoluciones, de desarrollo dispar y resultados imprevisibles.

— La clave de las protestas ha sido la saturación, la población ha alcan-



Manifestación durante las revueltas en Egipto. Fotografía: CTUWS

■ ■ ■ ■
La clave de las protestas ha sido la saturación, la población ha alcanzado un nivel de exasperación insoportable

■ ■ ■ ■
En todos los países sin excepción la primera respuesta del poder a las movilizaciones ha sido la represión, contribuyendo a la radicalización de los activistas y alimentando una espiral de represión-reacción

zado un nivel de exasperación insoportable. El hartazgo es multidimensional, es una sensación de extremo cansancio, de desafección y de alienación, de descontento acumulado, de frustración y de impotencia, en la que intervienen elementos vivenciales y cuestionamientos racionales y que crean las condiciones para actuar. Es esencial entender que las revueltas tienen múltiples causas, unas políticas como la falta de democracia y de libertades, el

despotismo y la arbitrariedad del poder, la represión y la corrupción, y otras socioeconómicas como el deterioro de las condiciones de vida, las desigualdades crecientes, la pobreza y la sensación de empobrecimiento, la precariedad o el desempleo. Cabría añadir otros elementos: el factor tiempo, la rápida propagación de la información y el efecto simpatía / contagio / imitación. La profusión contestataria ha insuflado un sentimiento de dignidad y de orgullo colectivo popular que se ha extendido por todo el mundo árabe.

— Las protestas masivas, en Túnez, Egipto y Yemen, son resultado de una articulación efectiva y novedosa entre actores diversos: jóvenes activistas con nuevas formas de acción colectiva, activistas clásicos, asociaciones civiles y militantes políticos. Estos actores han sido capaces de sintonizar con el sentir de las grandes masas de ciudadanos y sobretodo de crear las condiciones para que la población se sume a las grandes movilizaciones.

— La revolución es ciudadana por sus demandas y es popular porque implica a una parte importante de la población. Según los países la participación está siendo cuantitativamente diferente, en gran medida porque depende de la capacidad de los promotores, del sustrato de la revuelta y de cómo ésta se ve influida o se articula con situaciones singulares locales. Es innegable la participación masiva de jóvenes, desempleados,

frustrados, más abiertos al exterior, dispuestos a embarcarse en la fiesta revolucionaria; pero también se han sumado las clases medias urbanas que han vivido un deterioro de su situación, y en otros casos el grueso de la movilización ha sido popular.

— El apoyo masivo a las revueltas requiere de la pérdida del miedo infundido por el poder. Esta superación del miedo es un proceso acumulativo que parte de núcleos a veces sin programas estructurados, con consignas y llamamientos muy básicos. Es ahí donde destaca la iniciativa de los jóvenes activistas que aprovechan un hecho puntual (una detención, un acto desesperado) y que actúan como aceleradores de la protesta. Si el contexto es propicio, lo que no se ha dado en todos los casos, la movilización se amplía: se rompe el miedo, se gana a la población harta, descontenta e indignada, desde el excluido hasta el crítico próximo al sistema.

— Los desiguales resultados de los primeros brotes de protesta según los países se explica no sólo por la eficacia de la represión, por la desafección relativa o por la posible legitimidad del poder, también tienen mucho que ver si tiene detrás experiencias puntuales y locales, si ha habido un proceso de acumulación, y si el contexto es propicio, si la insatisfacción y el descontento están generalizados o si se concentra en una parte de la población.

— Las diferentes revueltas árabes tienen demandas comunes y específicas según los países. El fenómeno general es el de la politización del descontento social. En el plano político demandan democracia, libertad de expresión, participación; en algunos casos se pide el cambio de gobierno o reformas constitucionales, estado de derecho y elecciones, la liberación de presos políticos, el reconocimiento de identidades regionales, el fin de la discriminación de una parte de la población, un cambio en la acción exterior del país o libertad de asociación. A esto se suelen añadir denuncias de corrupción. Lo mismo ocurre con las demandas de carácter económico; se protesta por el precio de los alimentos y los bajos salarios, luego por el empleo, contra la pobreza y la exclusión.

— En todos los países sin excepción la primera respuesta del poder a las movilizaciones ha sido la represión, contribuyendo a la radicalización de los activistas y alimentando una espiral de represión-reacción. Pero al mismo tiempo, la casi totalidad de los regímenes ha asumido muy rápido medidas políticas y económicas para contener las protestas o para prevenirlas, reconociendo implícitamente la validez de las demandas.

— La revuelta sólo madura si se va organizando. Todos los movimientos han tenido liderazgos difusos, múltiples y cambiantes (aunque los medios se hayan empeñado en focalizar a unos más que otros), y por lo general se han creado estructuras colectivas plurales (comités de defensa de la revolución, etc.). Desde muy pronto

en estas estructuras participan los movimientos sociales clásicos, las asociaciones civiles y los partidos políticos, o están articulados a ellos. No se organiza una huelga general sólo con *Twitter* o *Facebook*.

A la hora de valorar el componente socioeconómico del malestar y de las protestas debe señalarse que no han tenido lugar en un momento de recesión económica. En la mayor parte de los países árabes la economía creció en los últimos años y la crisis financiera mundial ha tenido un impacto moderado. Pero ha sido un crecimiento con acentuación de las disparidades, enriquecimiento de grupos cercanos al poder, progresivo deterioro de las condiciones de vida de grandes capas de la población, desempleo, bajos salarios, así como la frustración y humillación entre jóvenes y clases medias. Según la OIT la región árabe es la que tiene las tasas más altas de desempleo, en particular de jóvenes, a lo que se suma bajos salarios, precariedad y los peores niveles en materia de derechos laborales y sindicales.

Por ello debe prestarse atención a las luchas obreras previas de los últimos cinco años y al papel que los movimientos sociales, y en particular las organizaciones de trabajadores, están desempeñando hoy. En los dos casos en los que las movilizaciones han logrado alcanzar niveles masivos y han implicado a todos los grupos sociales, hubo importantes movilizaciones previas en torno a demandas de justicia social que contribuyeron al crescendo de pérdida del miedo y de politización del descontento, y también alertaron a las autoridades del riesgo de contestación de más amplio alcance. En Túnez fue la movilización de la cuenca minera de Gafsa en 2008 y ese mismo año en Egipto las huelgas del centro industrial de Mahallah al-Kubra. La implicación sindical está siendo también muy diferente.

En los países donde las movilizaciones populares han forzado cambios de gobierno y provocado la puesta en marcha de reformas democráticas, las transiciones recién inauguradas hacen frentes a dificultades y sobre ellas se ciernen incertidumbres. Los movimientos sociales han sido quienes más han contribuido a que las reformas no sean sólo cosméticas y realmente desmantelen el viejo régimen y construyan, sobre bases legítimas, sistemas democráticos. Será complejo implantar en paralelo un Estado del bienestar que reparta la riqueza y reduzca la exclusión social. Por ahora las revoluciones han sido acogidas positivamente por la comunidad internacional y las reformas políticas han recibido promesas de apoyo, pero no es aventurado pensar que en breve las instituciones financieras internacionales y los países donantes, con la Unión Europea al frente, vuelvan a plantear exigencias que condicionen las reformas económicas y a relegar la cuestión de la justicia social. ■